

*Revista**de Historia de las Vegas Altas*

Junio 2015, nº 7, pp. 3-9

REFLEXIONES SOBRE HISTORIA, PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO Y EDUCACIÓN: POR EJEMPLO, MEDELLÍN

REFLECTIONS ON HISTORY ARCHAEOLOGICAL HERITAGE AND EDUCATION: FOR EXAMPLE, MEDELLÍN

David Martínez Vilches*Escritor y poeta*damart06@estumail.ucm.es**Resumen**

Este artículo es fruto de una reflexión muy personal en torno al papel de la historia y la gestión y difusión del patrimonio en la sociedad y en la educación en la actualidad. El punto de partida (pero también de llegada) de esta reflexión es Medellín, que se ha venido consolidando en los últimos años como un importante sitio arqueológico, con vestigios de distintas épocas que conforman un amplio espectro cronológico de la historia de la región. El objetivo final de las siguientes líneas es presentar Medellín como un ejemplo a seguir en lo que se refiere a la divulgación del pasado de manera científica.

PALABRAS CLAVES: Medellín, Historia, Patrimonio Arqueológico, Educación.

Abstract

This article is the product of a very personal reflection about the role of History and Heritage management and diffusion in society and education nowadays. The starting point (but the finish too) of this reflection is Medellín, which has become an important archaeological site in the last years, with remains of different periods which define a wide chronological spectrum of the region history. The aim of the next lines is to present Medellín as a good example of scientific spread of the past.

KEYWORDS: Medellín, History, Archaeological Heritage, Education.

REFLEXIONES SOBRE HISTORIA, PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO Y EDUCACIÓN: POR EJEMPLO, MEDELLÍN

David Martínez Vilches

1.- Introducción.

Medellín es una villa hermosísima y con mucha historia. Lo podemos comprobar *in situ* paseando por sus calles, subiendo al castillo, visitando el teatro romano y el Centro de Interpretación. Y también a distancia, observando las vitrinas sobre Protohistoria del Museo Arqueológico Nacional –pues el enclave de Medellín ha proporcionado un abundante material arqueológico de esta época (Almagro-Gorbea [dir.], 2007-2008)– o leyendo algún libro sobre la Hispania romana, Hernán Cortés o la Guerra de la Independencia en Extremadura. Sin duda, la seña de identidad de Medellín es su Castillo, del que escribió el geógrafo del siglo XII Abu 'Abd Allah Muhammad al-Idrisi (1866, p. 226) que era una fortaleza “bien poblada”; no obstante, la fábrica actual data de la segunda mitad del siglo XIV, cuando fue reconstruido por Enrique II de Trastámara, pues había sido destruido con anterioridad por su hermanastro Pedro I el Cruel. Pero también encontramos muchos otros monumentos de excepcional valor histórico y artístico en el cerro del Castillo: el Teatro Romano (unos cuarenta años más antiguo que el de Mérida), la Iglesia Archipresbiteral de Santiago (del siglo XIII con añadidos posteriores, actualmente es el Centro de Interpretación del Parque Arqueológico), la de San Martín (del siglo XIII, y que es Bien de Interés Cultural). No podemos olvidar tampoco el Puente de los Austrias (construido entre 1612 y 1630), la Iglesia de Santa Cecilia (del siglo XVI), el Monumento a Hernán Cortés (de 1890).

La labor arqueológica y de protección del patrimonio histórico que se ha venido realizando en Medellín en los últimos años ha convertido este lugar en un foco importante en la región, tanto en lo que se refiere a interés turístico, como en su significación para la investigación histórica y arqueológica. Prueba de ello es la distinción que recibió en 2013 por los trabajos de restauración del Teatro Romano, el Premio de la Unión Europea de Patrimonio Cultural “Europa Nostra”. Y más recientemente, con el Festival Internacional de Teatro Clásico de Mérida, “el teatro romano de la actual Medellín, la antigua Metellinum, recobraba la vida perdida durante siglos”, como ha dicho la consejera de Educación y Cultura Trinidad Nogales (2014).

Teniendo en cuenta lo anterior, en el panorama cultural español y europeo Medellín está adquiriendo una significación propia destacada. No obstante, con la crisis económica de la que somos víctimas y la uniformización de todo criterio según las pautas de la ideología neoliberal, parece que hay que justificar la labor de investigación histórica, arqueológica (y cualquier actividad cultural, en general). El saber histórico, al fin y al cabo, no es “algo tan indispensable para vivir como la casa, el vestido y el sustento. (...) ¿Qué queda entonces de la utilidad de la historia?” (González, 1999, p. 341). A esta pregunta del historiador mexicano pretenden responder las siguientes líneas, fruto de una reflexión muy personal. Tres son los temas fundamentales que irán apareciendo a lo largo del texto: historia, patrimonio arqueológico y educación.

2.- Historia.

El ser humano, *Homo Sapiens*, es un ser peculiar dentro de los seres vivos. Cuando nacemos, nacemos dentro de una comunidad, y pronto tomamos conciencia de que esa comunidad va mucho más allá cronológicamente de nuestra existencia individual: unos nos precedieron, otros nos sucederán. Y esto se debe a que hay dos coordenadas que rigen toda nuestra vida: espacio y tiempo. Con la misma evidencia que Descartes afirmaba “pienso, luego existo”, se puede afirmar: “existo, luego existo en el espacio y en el tiempo”. Existir fuera del tiempo o fuera del espacio es no existir. Así, el ser humano tiene una importante conciencia del territorio que ocupa su comunidad y del pasado de ésta. En muchos casos, la conciencia del pasado es fundamental para sobrevivir: es el caso del conocimiento que debe tener un pueblo pastoril subsahariano del derecho a llevar sus rebaños a pastar a ciertos lugares, o la relación con otros pueblos pastoriles cercanos que utilizan esos mismos recursos (Moradiellos, 2008, p. 21).

Hay muchas maneras de preservar esa conciencia del pasado. Una de ellas es la religión: el libro del *Génesis* nos relata la creación del mundo por el dios Yahvé. Otra es el mito: el del diluvio muestra la

bondad del Estado al regular el aprovechamiento de los ríos frente al caos que pudieron generar supuestas inundaciones en tiempos anteriores al fortalecimiento de las teocracias hidráulicas de Mesopotamia (Fontana, 1982, p. 16). Otra, el género épico: el *Cantar de Mío Cid*, compuesto en una época en la que los reinos de Castilla y de León se encontraban separados (fines del siglo XII y principios del XIII), ensalza a la nobleza castellana frente a la nobleza leonesa. Esto también es aplicable a los tiempos contemporáneos, y así también se ha señalado el *Western* como un género épico de la historia americana.

Otra forma de preservar esa conciencia es la historia. En realidad, "historia" significa "investigación", "pesquisa", en el sentido en que lo expuso en el siglo V a. C. Heródoto, el "padre de la historia". A partir de aquí, hay dos maneras de entender la Historia: los acontecimientos del pasado (*res gestae*) o el estudio y narración de esos acontecimientos (*historia rerum gestarum*). Al margen de disquisiciones teóricas que podrían ocupar muchas páginas, lo que diferencia a la Historia de esas otras narraciones citadas anteriormente es su pretensión representar el pasado de manera causal, crítica, objetiva y, definitivamente, racional. En palabras de Tácito, la historia debe hacerse "*sine ira et studio*" (sin partidismos y reflexionando sobre los hechos). Esto implica que la historia no sólo es diferente al discurso religioso, al mítico o al épico, sino que es contradistinta a éstos: el trabajo arqueológico y paleontológico sobre los fósiles más antiguos niega el relato teológico creacionista; los estudios históricos sobre el caudal del Tigris y el Éufrates no tienen en cuenta intervenciones sobrenaturales de dioses; el medievalista analiza críticamente la figura del Cid Campeador, separando – mediante la evidencia empírica documental– lo que es fenómeno histórico de lo que es leyenda; el trabajo del historiador contemporaneísta es presentar objetivamente la expansión estadounidense desde el Atlántico hasta el Pacífico, sin ensalzar los "valores patrios" de los Estados Unidos de América.

Teniendo en cuenta esto, la historia tiene ciertas ventajas frente a otras formas discursivas que tratan del pasado. Así lo expresa el catedrático de Historia de la Universidad de Extremadura Enrique Moradiellos (2008, p. 23; la cursiva es del autor):

"parece evidente la practicidad social y cultural de las disciplinas históricas: contribuyen a la explicación y entendimiento de la génesis y evolución de las formas de sociedad humanas pretéritas y presentes; proporcionan un sentido crítico de la identidad operativa de los individuos y grupos humanos; y promueven la comprensión de las tradiciones, herencias y legados culturales que conforman las sociedades actuales. Y al lado de esta practicidad positiva desempeñan una labor crítica fundamental respecto a otras formas de conocimiento humano (...). Sencillamente, la *razón histórica* pone límites críticos infranqueables a la credulidad y fantasía mítica sobre el pasado de los hombres y las sociedades".

Por tanto, la historia cumple una función práctica dentro de nuestras sociedades. Tiene, en primer lugar, un cometido muy modesto. Es el de conocer el mundo que nos rodea. Por eso escribió Pierre Vilar (1999, p. 12) que "La historia debe enseñarnos, en primer lugar, a leer un periódico". Que la Historia pueda servir como "*magistra vitae*" o como *exemplum* moralizante es algo personal que queda a la elección de cada uno; algo bueno quizá se podrá extraer de ella. Pero sí que, al alumbrar el pasado con su labor analítica y crítica, la historia nos puede enseñar a enfrentarnos al bombardeo informativo al que nos someten en el presente los medios de comunicación. Nos ayuda a pensar de forma racional, insertando los fenómenos en un contexto y en una red de causas y efectos. Esto es algo fundamental en una sociedad democrática, en la que los ciudadanos son participantes activos de la vida pública.

Por otra parte, asistimos en la actualidad a ciertos debates en los que queda excluida la persona que carece de unos mínimos conocimientos positivos de historia. En España, el más claro es el de la "memoria histórica" (término éste endiabladamente confuso) de la Guerra Civil y el Franquismo. La opinión desinformada sobre esta cuestión muestra una grave ignorancia sobre el pasado reciente y traumático de nuestro país. Aunque más cuidado hay que tener con otras opiniones que se lanzan al ámbito público, informadas pero tergiversadas; en estos casos, es evidente que detrás de las palabras existen ominosos intereses políticos.

Generalmente se dice que "quien olvida su historia está condenado a repetirla" (es una frase de George Santayana escrita en el campo de concentración de Dachau). En realidad, es una afirmación discutible, ya que, como explica Tzvetan Todorov, "hemos podido conocer a fondo la barbarie nazi

eso no ha impedido la existencia de otras barbaries con posterioridad”, por lo que lo más correcto sería decir que “tenemos que conocer la historia porque sólo así comprenderemos quiénes somos y lo que hemos hecho, tanto en el plano individual como colectivo” (Moradiellos, 2004, p. 74). Aún así, el ejercicio de la historia nos previene del dogmatismo de actuales movimientos racistas y nacionalistas, nostálgicos de las pesadillas que aterrorizaron el mundo en tiempos no muy lejanos. No sólo porque la historia pone en evidencia sus consecuencias, sino porque también demuestra la escasa credibilidad de sus premisas. El estudio del pasado prehistórico del hombre, por ejemplo, así lo ha revelado. Después de muchos años investigando la secuencia evolutiva biológica de los homínidos y la conquista de todos los continentes de la Tierra por *Homo Sapiens*, no cabe hablar propiamente de “razas” que expliquen la diversidad (tanto física como cultural) humana; un concepto con un significado tan volátil no explica ningún fenómeno de tipo biológico o social, pero sí puede desembocar en la más execrable xenofobia.

3.- Patrimonio arqueológico.

La historia, como ciencia que tiene por objetivo la representación del pasado de la humanidad desde su aparición en la Tierra hasta nuestros días, no opera directamente con el pasado. Éste es intangible, incorpóreo; “Ayer se fue”, escribió bellamente Quevedo en uno de sus sonetos, por lo que es imposible realizar cualquier operación científica con él. Entonces, ¿cómo se representa ese pasado? El historiador debe basar su explicación en fuentes, que existen en la actualidad, que son tangibles y corpóreas, y que son el vínculo entre el presente (en el que opera el historiador) y el pasado (en el que operaron sociedades humanas anteriores, que son el objeto de estudio). Estas fuentes, además, son el legado que tenemos de los hombres y mujeres que nos precedieron, por lo que conforman el patrimonio histórico. En este patrimonio (término latino que designaba la herencia del *pater familias* en la Antigüedad) reafirmamos nuestra identidad como sociedad definida nítidamente por una evolución política, social, económica y cultural dentro de unos límites cronológicos y geográficos determinados.

Dentro del patrimonio histórico se encuentra el “patrimonio arqueológico” como “aquella parte del patrimonio histórico susceptible de ser estudiado [sic] con metodología arqueológica” (Pérez-Juez, 2006, p. 33). Por sus características, se trata de un conjunto de bienes con gran valor histórico y artístico, que puede estar sometido a graves peligros tanto por parte de fuerzas naturales (las inclemencias del tiempo) como humanas (expolio), por lo que desde 1956 (*Recomendación que define los Principios Internacionales que deberían aplicarse a las Excavaciones Arqueológicas* de la UNESCO) ha existido un interés internacional para protegerlo. En España, la *Ley de Patrimonio Histórico Español* (Ley 16/1985, de 25 de junio, en *Boe*, núm 155, de 29 de junio) vela también por ese cometido.

La labor arqueológica no solo contempla el estudio de la cultura material, sino también su difusión. Escrito en palabras de un gran arqueólogo como es Gonzalo Ruiz Zapatero (2012, p. 34):

“Los arqueólogos somos, de alguna manera, mediadores entre la gente del pasado que estudiamos y la gente del presente y del futuro a la que destinamos los conocimientos históricos que producimos. De esa mediación se deduce que deberíamos tener mucho interés, no solamente por la gente del pasado sino también por la del presente”

Parece más fácil la divulgación del patrimonio arqueológico dada la atracción que ha revestido la arqueología en los últimos años al presentarla el cine como una actividad aventurera (ciertamente lo es, como toda investigación científica), lo que yo denomino el “fenómeno Indi” en honor a Indiana Jones. En realidad, esto es una dificultad añadida, pues hay que buscar el término medio entre “los polvorientos, moribundos y aburridos museos de antaño” y “el otro extremo, un parque temático simplista y superficial sobre el pasado” (Bahn, 1998, p. 79). En el siguiente apartado veremos un ejemplo de esto último.

No podemos sustituir el rigor en la divulgación del patrimonio histórico, ni convertir a éste en un sucedáneo para el entretenimiento del público. Otra dificultad más, sobre todo en estos últimos tiempos de virulenta crisis económica, es la falta de inversión. Una propuesta para paliar esto es gestionar el patrimonio de manera que resulte rentable económicamente (Gutiérrez, 2001, p. 188). Aún así, la labor de arqueólogos e historiadores no es tanto rentabilizar la historia, como investigar y divulgarla.

4.- Educación.

Todo lo dicho anteriormente lleva a la conclusión de que la historia tiene una importante misión educativa, unida a su función social. Para el caso de la arqueología, que no cabe considerarla como una "ciencia auxiliar" de la historia, sino como una ciencia histórica con significación propia, Grahame Clark (1980, p. 231) lo ha expresado así:

"nos coloca junto a la frontera del conocimiento, nos ofrece penetrar en el vacío de lo desconocido y nos enseña cómo, al desarrollar los recursos de la ciencia moderna, grandes áreas pueden paulatinamente ser incluidas dentro de la esfera de nuestro conocimiento".

¿Es importante, entonces, el papel de la historia en la educación de niños y jóvenes? Desde luego, si la educación aspira únicamente a servir de entretenimiento para los escolares mientras sus padres están trabajando, no. Pero, ¿para qué educamos? Debo pedir disculpas al lector por la longitud de la siguiente cita, pero creo que estas palabras deben ser tenidas muy en cuenta al reflexionar sobre el papel de la educación en nuestros días:

"¿Para qué educamos a los niños y a los jóvenes? Les educamos, en primer lugar, para reproducir nuestra propia cultura, para prolongar la tradición hacia el futuro, quizás con la intención de que nosotros mismos no perezcamos engullidos por el agujero del tiempo; pero les educamos, sobre todo, para que sean mejores que nosotros, para que no sufran tantos fracasos y frustraciones. Son nuestros hijos y no queremos que sean esclavizados por tantos y tantos otros hombres poderosos, para que sean libres en sus cuerpos y en sus mentes, de modo que sean libres en sus vidas: les educamos para que sepan vivir la aventura que es la vida junto a los hombres y mujeres de su generación; les educamos para que tengan una conciencia ética de modo que no esclavicen a sus hermanos, más bien para que sean solidarios con ellos y sepan, entre todos, afrontar los peligros de esa acelerada aventura. (...) Pero, sobre todo, les debemos educar para que vivan en un mundo multicultural y plurilingüe. Ellos deberán comprender que todos los seres humanos, por muy diferentes que aparentemos ser, somos iguales no sólo ante la ley, sino ante nuestra mutua comprensión y tolerancia y que nuestra fuerza reside, precisamente, en esa diversidad. Por lejano que nos parezca, ellos borrarán las fronteras del mundo, la incompreensión entre los seres humanos por más religiones o ideologías que los quieran enfrentar. ¡Les educamos para eso!" (Alcina Franch, 2005, pp. 405-406).

Si atribuimos a la educación objetivos tan elevados como los que escribió José Alcina Franch, la historia, con su labor crítica, no puede faltar en nuestras aulas. Y en este sentido, el patrimonio arqueológico, que es lo más tangible que posee una sociedad para conocer su historia, tampoco (Sada Castillo, 2012).

Según la investigación de Concha Fuentes (2004), los alumnos de la ESO muestran interés por la historia como asignatura académica, pero mucho menos que por conocer el pasado en general; asimismo, la mayoría de alumnos no leen libros de historia o novela histórica ni visitan museos ni exposiciones. Este contrasentido entre el interés que despierta el pasado y el que despierta la disciplina que se encarga de su representación de manera científica es perfectamente explicable al entender que en la actualidad existe una amplia oferta de materiales audiovisuales sobre historia, con distintos niveles de contenido científico, que van desde los documentales hasta los video-juegos, y que son más accesibles al público juvenil –pero también adulto– que otras fuentes "más académicas".

Es una necesidad, por tanto, acercar la historia a los escolares, pero debemos tener cuidado con ciertos proyectos que reivindican un componente educativo inexistente en la práctica. En 2012 el parque temático Terra Mítica de Benidorm presentó su "programa escolar", que contemplaba la feliz idea de que acudieran escolares al parque para aprender historia. Feliz idea para el parque, que cobrará por ello. Además, en la página web de Terra Mítica (<http://www.terramiticapark.com/es/escolares.html>) hay varias "guías de tematización" para exonerar al profesor del libro de texto, y que todo sea más divertido. El colmo de la simplificación es que en la guía de Roma aparece escrito que "Los romanos estaban convencidos de que su destino era dominar el mundo", y de un plumazo teleológico reducen todo el fenómeno del imperialismo romano a una cuestión de "convencimiento", sin reparar en que Roma forjó su imperio mediante actuaciones con vistas a corto plazo, solucionando conflictos conforme iban apareciendo, y que esa cadena de decisiones llevó, primero, al control de Italia por parte de Roma, y después, al control de la cuenca mediterránea. En mi humilde opinión, si

ese expansionismo hubiera surgido únicamente de dicho rasgo psicológico, se hubiese detenido de golpe en la batalla de Cannas (216 a. C.), donde se calcula que murieron 600 romanos por minuto: después de aquella derrota, seguro que no estarían tan convencidos de querer dominar el mundo. Una vez en el parque temático, los chavales podrán ver distintas recreaciones de monumentos, además de montarse en atracciones cuyos nombres evocan aspectos de la Antigüedad. Y así se supone que los escolares aprenderán historia. Detrás de todo esto no hay ningún interés por el aprendizaje de la historia.

Por otra parte, lo anteriormente dicho no se puede observar únicamente desde la perspectiva de la educación primaria, secundaria o universitaria. Muy por el contrario, el desarrollo integral de una persona no contempla el aprendizaje como una fase transitoria, sino como una actitud a lo largo de la vida. Esto lo debemos tener más en cuenta actualmente, pues la mayor parte de la población se interesa por la cultura en general; y en lo que respecta al patrimonio arqueológico, esto se refleja en una afluencia de visitas a museos arqueológicos y yacimientos. Esto nos obliga a un compromiso fundamental, que es el de atender a los distintos públicos (Ruiz Zapatero, 2012). La divulgación del patrimonio requiere diferenciar distintos grupos de receptores, de distintas edades, pero también de distintos conocimientos en su bagaje cultural, distintas inquietudes, distintas posibilidades (el acercamiento a una pieza arqueológica no puede ser el mismo en el caso de una persona invidente que en alguien que no tiene esa discapacidad).

5.- Conclusión: por ejemplo, Medellín.

Medellín es ya un yacimiento arqueológico plenamente consolidado. El patrimonio histórico-artístico de su término municipal acaba de ser declarado Bien de Interés Cultural con categoría de Sitio Histórico (Decreto 162/2014, de 22 de julio, en *DOE*, núm. 144, de 28 de julio), lo que redundará en su conservación, estudio y difusión. Las siguientes líneas, que culminan este texto, esbozan las virtudes de Medellín como ejemplo a seguir en lo que se refiere a gestión y divulgación del patrimonio arqueológico.

En primer lugar, cabe destacar el entorno privilegiado de Medellín. Actualmente, gran parte de la población destina su ocio a alejarse de las grandes ciudades para disfrutar de un entorno rural. Es fundamental, por tanto, la simbiosis entre patrimonio arqueológico y patrimonio natural para ofertar un turismo cultural de calidad que favorezca el desarrollo regional. Medellín dispone de contexto medioambiental muy favorable para el ecoturismo (<http://medellin-turismo.weebly.com/ecoturismo.html>). Distintas rutas cruzan el término municipal medellinense: la Cañada Real Leonesa Occidental, el Camino Mozárabe de Santiago, el Camino Natural del Guadiana y el Camino Romano de peregrinación a Guadalupe. Existen, asimismo, caminos para ciclistas y jinetes. Por último, la pesca en el Guadiana y la caza también constituyen actividades de interés. Todo ello amplía el atractivo de la oferta de ocio cultural en el municipio.

Asimismo, debemos subrayar el papel del Centro de Interpretación. Este tipo de centros en los yacimientos arqueológicos posibilitan que el visitante ejercite su "imaginación arqueológica" y pueda comprender los aspectos del pasado a los que se refieren los restos arqueológicos. Asimismo, estos centros desarrollan una "museología de proximidad" (Sada Castillo, 2012, p. 162) para un espacio muy determinado, haciendo más fácil la divulgación a las comunidades locales, que son las más inmediatas depositarias de su propia historia. En el caso de Medellín, el Centro de Interpretación se ubica en la Iglesia de Santiago, y en el suelo unos cristales permiten observar los restos de época romana, para que el visitante aprecie los diferentes usos en distintas épocas de un mismo espacio.

Por último, los trabajos arqueológicos llevados a cabo en el Teatro desde 2007 son encomiables. Culminaron con su apertura al público en verano de 2013, mismo año en el que las labores de restauración efectuadas recibieron el Premio de la Unión Europea de Patrimonio Cultural "Europa Nostra". Sin duda, este monumento abre una puerta de posibilidades turísticas y educativas.

Creo que estos tres puntos-clave (contexto medioambiental, Centro de Interpretación y Teatro Romano) son, ahora mismo, los rasgos más visibles que muestran la consolidación de Medellín como un yacimiento arqueológico muy significativo a escala local, regional y nacional. Asimismo, el premio "Europa Nostra" evidencia su proyección en el panorama cultural europeo. ¿Qué más aportará Medellín en los próximos años? Seguro que este enclave seguirá mejorando nuestra comprensión de la Protohistoria y la Edad Antigua en nuestro país; ofrecerá a los escolares de la región una posibilidad de aprender historia "a pie de excavación"; impulsará el desarrollo de la región. Todo ello debe ani-

mar a las autoridades competentes a apoyar la labor arqueológica de excavación, protección y divulgación del patrimonio arqueológico metellinense.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALMAGRO-GORBEA, M. (dir.) (2007-2008): *La necrópolis de Medellín*, Madrid, Real Academia de la Historia.
- BAHN, P. (1998): *Introducción a la arqueología*, Madrid, Acento.
- CLARK, G. (1980): *Arqueología y sociedad: reconstruyendo el pasado prehistórico*, Madrid, Akal.
- FERRER GARCÍA, C.; VIVES-FERRÁNDIZ SÁNCHEZ, J. (eds.) (2012): *Construcciones y usos del pasado: patrimonio arqueológico, territorio y museo. Jornadas de debate del Museu de Prehistòria de València*, Valencia, Museu de Prehistòria.
- FONTANA, J. (1982): *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica.
- FUENTES, C. (2004): "Concepciones de los alumnos sobre la historia", *Enseñanza de las Ciencias Sociales*, 4, pp. 75-83.
- GONZÁLEZ, L. (1999): *El oficio de historiar*, Zamora (Mich.), El Colegio de Michoacán.
- GUTIÉRREZ, S. (2001): *Arqueología. Introducción a la historia material de las sociedades del pasado*, Alicante, Universidad de Alicante.
- IDRISI, A. A. M. al- (1866 [s. XII]): *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, trad. de R. Dozt y M. J. de Goeje, Leiden, E. J. Brill.
- MORADIELLOS, E. (2004): "Tzvetan Todorov: una entrevista y una reflexión", en *La persistencia del pasado: escritos sobre la Historia*, Cáceres, Universidad de Extremadura, pp. 69-79.
- MORADIELLOS, E. (2008): *El oficio de historiador*, Madrid, Siglo XXI.
- NOGALES, T. (2014): "Y en Medellín el teatro romano recobró la vida", *El Periódico Extremadura*, 27.07.14.
- PÉREZ-JUEZ, A. (2006): *Gestión del Patrimonio Arqueológico*, Barcelona, Ariel.
- RUIZ ZAPATERO, G. (2012): "Presencia social de la arqueología y percepción pública del pasado", en FERRER GARCÍA, C.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. (eds.), *Construcciones y usos del pasado: patrimonio arqueológico, territorio y museo. Jornadas de debate del Museu de Prehistòria de València*, Valencia, Museu de Prehistòria, pp. 31-73.
- SADA CASTILLO, P. (2012): "Patrimonio arqueológico, aprendizaje de la historia y educación", en FERRER GARCÍA, C.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. (eds.), *Construcciones y usos del pasado: patrimonio arqueológico, territorio y museo. Jornadas de debate del Museu de Prehistòria de València*, Valencia, Museu de Prehistòria, pp. 153-176.
- VILAR, P. (1999): *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica.

